THE EMPTY CHAIR



UMBRAL 3

La Silla Vacía

Hay personas que dejan una habitación.

Y hay personas que dejan una dirección.

Las primeras desaparecen.

Las segundas permanecen.

Durante muchos años creí que la herencia era una cuestión de bienes, propiedades, objetos para conservar o transmitir. Con el tiempo comprendí que la verdadera herencia es mucho más difícil de ver.

No se encuentra en los armarios.

No se encuentra en los cajones.

No se encuentra en los documentos.

Habita en los comportamientos.

Mi padre no me dejó fórmulas.

No me entregó un manual.

No me preparó un mapa detallado de la vida.

Me dejó algo mucho más difícil de explicar.

Un modo de estar en el mundo.

De joven no lo veía.

Los hijos raramente ven a sus padres con claridad.

Los dan por descontados.

Los consideran una presencia permanente, casi una ley de la naturaleza.

Como el mar.

Como el cielo.

Como el pasar de las estaciones.

Los observan sin estudiarlos.

Los escuchan sin comprenderlos.

Los imitan sin darse cuenta.

Luego llega una edad en que todo cambia.

Las palabras pronunciadas muchos años antes regresan.

Los gestos cobran un significado diferente.

Incluso los silencios adquieren una nueva voz.

Es entonces cuando comenzamos de verdad a conocer a quienes nos precedieron.

Mi padre no me explicaba el valor de la responsabilidad.

La practicaba.

Y esa diferencia es enorme.

Las personas recuerdan poco de lo que se enseña.

Recuerdan muchísimo de lo que se vive.

Cuando un hombre cumple una promesa difícil, alguien observa.

Cuando afronta una derrota sin buscar culpables, alguien observa.

Cuando sigue cumpliendo su deber sin recibir aplausos, alguien observa.

A menudo ese alguien es un hijo.

Incluso cuando parece distraído.

Incluso cuando parece lejano.

Incluso cuando parece no entender.

Observa.

Y conserva.

Muchas de las decisiones que tomé en mi vida adulta tienen raíces que se hunden en años mucho más lejanos.

No nacieron en los libros.

No nacieron en las empresas.

No nacieron en los cursos de formación.

Nacieron en una casa.

En una familia.

En un conjunto de comportamientos que entonces parecían normales y que hoy reconozco como excepcionales.

Recuerdo una cosa que el tiempo me enseñó.

Todo hijo, tarde o temprano, descubre que se parece a su padre de maneras que no había previsto.

Ocurre de repente.

Durante una conversación.

Mientras afronta un problema.

Mientras pronuncia una frase.

Mientras toma una decisión.

De repente reconoce algo.

Una expresión.

Una actitud.

Una reacción.

Y comprende que ciertas presencias nunca se alejan de verdad.

Cambian de forma.

Eso es todo.

Durante años atravesé países diferentes.

Culturas diferentes.

Lenguas diferentes.

Trabajé con personas provenientes de todas partes del mundo.

Y sin embargo descubrí una cosa sorprendente.

En todas partes existe la misma nostalgia.

En todas partes existe el mismo respeto por quienes nos precedieron.

En todas partes existe el deseo de estar a la altura de alguien que nos dejó un ejemplo.

Cambian las palabras.

Cambian los nombres.

Cambia la geografía.

Pero el sentimiento sigue siendo el mismo.

Porque todo ser humano llega al mundo a través de alguien más.

Nadie comienza desde cero.

Todos somos la continuación de algo.

De una historia.

De una familia.

De una elección hecha mucho antes de nuestro nacimiento.

Con el tiempo aprendí a no medir a una persona por lo que posee.

La mido por lo que deja.

Y lo que deja casi nunca coincide con lo que había planeado dejar.

Un padre cree construir una carrera.

Pero quizá deja un principio.

Cree dejar seguridad.

Pero quizá deja coraje.

Cree dejar respuestas.

Pero quizá deja un modo de buscarlas.

Esta es la parte invisible de la herencia.

La más importante.

La más duradera.

La que sigue viviendo cuando todo lo demás se ha consumido.

Muchas personas temen ser olvidadas.

Es un miedo antiguo.

Profundamente humano.

Pero yo creo que existe una forma diferente de permanencia.

No la de las estatuas.

No la de las fotografías.

No la de los monumentos.

La permanencia auténtica vive en las consecuencias.

En el bien que continúa.

En la dignidad que se imita.

En la responsabilidad que pasa de mano en mano.

En el carácter que genera más carácter.

Mi padre sigue viviendo justo ahí.

En las consecuencias.

No como recuerdo.

Como presencia.

A veces, en las jornadas difíciles, me sorprendo preguntándome qué decisión tomar.

Qué camino seguir.

Qué peso aceptar.

Qué responsabilidad asumir.

Y casi siempre la respuesta llega de un lugar muy antiguo.

Un lugar sin dirección.

Un lugar sin geografía.

Un lugar hecho de memoria y gratitud.

No oigo una voz.

No veo un rostro.

Pero reconozco una dirección.

Y es suficiente.

Porque, al final, no es cierto que algunas personas se vayan.

Simplemente dejan de caminar delante de nosotros.

Empiezan a caminar dentro de nosotros.

Por eso no digo que mi padre se fue.

Digo que continúa el viaje de un modo diferente.

En mis decisiones.

En mis palabras.

En mis errores.

En mis responsabilidades.

En el modo en que trato a los demás.

En el modo en que cumplo una promesa.

En el modo en que afronto el tiempo.

Y mientras algo de todo esto siga vivo, una parte de él seguirá caminando junto a mí.

Silenciosamente.

Como siempre lo han hecho los verdaderos padres.